

VIAJE POR IQUIQUE, TACNA I ARICA.—*Impresiones de un viajero.*

Aunque algo tarde, pero al fin he realizado mi mas ardiente aspiracion. Conozco a Iquique, a Arica, i a Tacna. Pasé por Chipana, por Angamos, por Pisagua. Oh! si alcanzara a conocer a Dolores i Tarapacá, nada quedaria a mi impaciente curiosidad!

Para dar mas fácilmente a conocer la impresion que producen en el viajero la visita de estas tres ciudades, divido esta carta en tres secciones, destinando una para cada pueblo.

IQUIQUE.

A diez o quince millas de este pueblo, lo primero que divisa el navegante es la torre del faro, colocada en la isla de Iquique. A medida que se avanza hácia la costa, los pasajeros, perplejos ante los dos importantes episodios que recuerdan estas aguas, no saben si dirigir sus ansiadas miradas a Punta Grueso, la gloria de Condell, o a la Bahía, el martirio sublime de Prat.

Pero ya se aproxima el puerto, i su bahía constantemente agitada parece negar el fondeadero e impedir que se tomé posesion de sus aguas, sin que el viajero prepare su ánimo para saludar desde el fondo de su alma al mártir glorioso.

Fondea el vapor i ya la impaciencia llega a sus límites por saltar a tierra, conocer la ciudad i visitar en su cementerio la tamba de Prat.

La rada de Iquique presenta un fondeadero espacioso; pero por su mar, casi siempre gruesa, es peligrosa su travesía en botes. Requiere que los bogadores sean mui conocedores de la bahía para salvar los peñascos que desprende de la isla al centro de la rada. Esto es cuando se toma la direccion del muelle de la aduana; pero no hai peligro cuando se prefiere el muelle del ferrocarril, aunque la mar no esté tranquila. El inconveniente de este desembarcadero es su situacion, un tanto separada de la parte principal del pueblo.

La poblacion de Iquique, que ántes de la guerra pasaba de diez mil habitantes, ha disminuido naturalmente; pero está llamada a un rápido aumento. La planta de la ciudad es regular, con calles rectas, veredas de madera, i entre sus edificios, todos de madera, se encuentran algunos de pintoresco aspecto.

Iquique, para su estension i poblacion, cuenta con numerosos i variados establecimientos mercantiles, i tantos que hai barrios, como

el inmediato a la aduana, que uno cree encontrarse en alguno de los barrios de Valparaiso.

La vida es barata, tanto respecto a artículos de casa, como a aquellos de primera necesidad. Bien servidos restaurants se disputan a sus parroquianos, ofreciendo almuerzo i comida por 25 o 30 pesos mensuales.

La falta de vejetacion en Iquique es tal que no hai alimento ni siquiera la mas humilde yerba. El agua se obtiene de varios establecimientos con máquinas de destilacion i un vaporcito que viaja constantemente, trayéndole agua de Arica.

Una de las curiosidades de Iquique es su bella plaza, en la cual se encuentra una hermosa torre con reloj alumbrado con gas, como el de la torre de la intendencia de Santiago. La torre da hospedaje al monumento Prat, que se compone de una columna de mármol, sobre la cual descansa el busto del héroe, i en sus costados los medallones que recuerdan a Serrano, Riquelme, Aldea i Videla, e incrustados en el mármol los nombres de todos los tripulantes de la *Esmeralda*.

Visité el cementerío; pero como en Iquique no hai flores, ni mirtos, ni laureles, los reemplacé derramando lágrimas de gratitud i de admiracion sobre la modesta tumba del que con su heróico ejemplo señaló el sendero de gloria a la marina i al ejército en la actual contienda.

Estuve tambien en la estacion del ferrocarril, cuya línea forma un ángulo en la parte norte de la poblacion i en seguida avanza sobre la falda de los áridos cerros que rodean a Iquique hasta dar vuelta hácia el sur i tomá la direccion de la Noria. Este ferrocarril, propiedad de Montero hermanos, lo explota nuestro Gobierno desde el 11 de marzo último. Conserva el mismo personal de empleados de la época de Montero hermanos: Mr. Roland, inglés, superintendente; Mr. Adams, inglés, jefe del telégrafo; señor Victorino Polastre, peruano, contador, con 400 pesos mensuales, etc. Los jóvenes chilenos que han conseguido colocarse, se encuentran en condicion mui subalterna.

En cuanto al clima, sin ser del todo benigno, es tolerable. Se pasa bien observando una vida metódica. El cambio de temperatura es mui notable. En dos dias noté tal variedad, que uno de ellos por su calor sofocante podia colocarse entre los dias de febrero, i el otro por el frio entre los de julio i agosto.

En el hospital habia como 200 enfermos, la mayor parte de disenteria, que es la enfermedad que mas ataca.

Es curioso observar que en Iquique, así como en Arica, no se encuentre un carruaje.

Un cuerpo de policía bien organizado atiende al servicio de la población. Los cuerpos del ejército que se acantonan en Iquique se instalan en pequeños destacamentos en distintos barrios del pueblo.

Iquique se resiente de falta de sociedad. No hai mas pasatiempos que en el club i los restaurants. Algunos empleados superiores han traído sus familias, pero son pocas. Las familias peruanas que no han emigrado se abstienen por completo de exhibirse. Pasan encerradas i viven de los negocios con que jiran sus deudos o del arriendo de sus propiedades. La jente del pueblo, que es la que no emigra en estas circunstancias, vive tranquilamente.

Un amigo me hizo la curiosa observacion de que ni en la iglesia se reunia jente. Habia asistido a una de las misas mas concurridas un domingo, i contó 28 señoras i 16 hombres. Sin embargo, su calles no carecen de animacion.

Tal es Iquique descrito a vuelo de pájaro. Es una ciudad que tiene asegurada su existencia por la esportacion obligada de sus salitres, que en cantidad inagotable abundan en sus contornos límites, dando vida al comercio i trabajo constante a sus pobladores.

Para concluir, referiré que tuve la satisfaccion de observar, el dia que recorría sus calles, que una peruanita, de 10 a 12 años, mecía la cuna en que dormía su hermanito tarareándole el himno de Yungay.

—Bien, me dije, así debe prepararse la nueva jeneracion! Llamé a la peruanita i le regalé una moneda chilena.

ARICA.

En doce o catorce horas se llega de Iquique a Arica. El aspecto de la ciudad, desde el mar, agrada mas que Iquique, porque se divisa toda la población a causa del declive de E. a O. en que está asentada i porque la vista se recrea en un horizonte mas vasto. El valle de Azapa, que se estiende al interior, le da un golpe de vista pintoresco por el verdor de sus campos i arboledas.

El surjidero de Arica se estiende al N. de la isla del Alacran, que le defiende por el S. Sus aguas, mas tranquilas que las de Iquique, dan un fácil desembarco.

He dicho que desde el mar el aspecto de la ciudad agrada mas que Iquique; pero esta primera impresion desaparece cuando se reconoce el pueblo. Arica se presenta como una ciudad destruida; pero es un error atribuirlo en todo a la actual guerra. En el espacio de

los últimos doce años, ha sufrido el desastre de dos grandes terremotos: el del 13 de agosto de 1868 i el del 9 de mayo de 1877. Si a esto se agrega el efecto de los diversos bombardeos i de las minas de dinamita, i a la jactancia de sus defensores que obligó al ejército chileno a tomar la ciudad a la bayoneta como plaza fuerte, se comprenderá el por qué de su estado ruinoso. Además, toda ciudad peruana presenta el aspecto de ciudad destruida por los techos tan lisos de sus edificios i por su ordinaria arquitectura.

En Arica solo la aduana i la pequeña i elegante iglesia matriz llaman la atención. La primera es un cómodo, sencillo i estenso edificio; pero sus murallas, aunque de cal i ladrillo, no prestan seguridad.

La iglesia, que es un bonito i pintoresco edificio en su parte exterior, así como en sus sencillos i vistosos adornos en su parte interior, está construida toda de fierro, i por su facilidad de armar i desarmar ha dado lugar a que a muchos se les ocurra que podría trasladarse a Chile para que sirviera de base a una nueva población que debía fundarse con el nombre de la batalla que definitivamente resuelva la actual contienda.

I esto nada tendría de raro.

El primer regimiento i dos escuadrones de nuestro ejército, un barrio de Santiago i tres villas nos recuerdan la campaña chilena de los años 1838-39.

Los nombres del regimiento, de los escuadrones i del barrio de Santiago, no necesitan nombrarse. Las tres villas son: Buin, a 32 kilómetros al S. de Santiago: se fundó i dió ese nombre para recordar una de las batallas ganadas por los chilenos en la referida campaña; Yungay, a 42 kilómetros al S. E. de Chillan, trae a la memoria la principal de esas batallas; i por último, Búlnes, a 23 kilómetros al S. de Chillan, que llevaba el nombre de Larqui, se cambió en Búlnes por decreto de 3 de octubre de 1839, en honor del glorioso jeneral que paseó triunfante nuestro ejército en esa contienda.

En cuanto al punto que se eligiera para la nueva población, ¿por qué no sería en la línea del ferrocarril del norte, a las puertas de Santiago, para llegar a la capital bajo la impresión de tan gloriosos recuerdos? Tómese en cuenta, para preferir esa situación, que desde que se sale de Santiago el único pueblo, que parece pueblo desde lejos, es Tiltil, a 48 kilómetros de la capital. Las aldeas de Renca i Quilicura no serán jamás poblaciones regularizadas.

Peró se dirá que una población a las puertas de Santiago no pro-

gresaría. San Bernardo i las villas de Buin, Maipo i Linderos prueban lo contrario.

Un pueblo que llevara el nombre de la última batalla, seria el mejor epílogo de esta ruda i gloriosa contienda. Sus calles se llamarían Calama, Pisagua, Angamos, etc., etc., i sus plazas Arica, Tarapacá, etc. Oh! tenemos tantos nombres gloriosos!

Y al fin de cuentas ¿será desvarío del que esto escribe?.....
Sigo con Arica.

El comercio de Arica se resiente de falta de animacion i de surtido. Abundan solo los pequeños negocios en que la venta de licor hace el principal; pero tiendas, propiamente hablando, no las hai, i las mercaderías que se espenden son ordinarias, incompletas i de un precio tal, que al que llega del sur le produce tal impresion que apenas le deja ánimo para despedirse del comerciante. En jeneral, el precio de todos los artículos es el doble de lo que importan en Santiago o Valparaiso.

La vida es cara i se sirve mal.

No hai mas que un hotel que presenta alojamiento, i como único impone su lei.

Las habitaciones son tan escasas que es cuestion de perder inútilmente una semana buscando una pieza. Los jóvenes empleados en las diversas secciones de aduana, viven hasta tres en una sola pieza. Las casas de mejor condicion las ocupan los oficiales del ejército.

Actualmente se encuentran de guarnicion en Arica parte de los rejimientos de artillería, cazadores i granaderos.

La vijilancia de la poblacion está confiada a patrullas que la recorren de noche. El sistema de patrullas no es por cierto el mas a propósito, porque el que quiere dar un asalto la siente desde lejos, la deja pasar, i cuando la patrulla vuelve a recorrer el mismo punto, ya hai pajaritos nuevos. Sin disputa, la mejor policía será siempre la que ejerce el guardian que recorre un punto determinado i el farol que da luz para distinguir la jente sospechosa. Estos dos agentes valdrán siempre mas en cualquiera ciudad del mundo que las prescripciones del mejor código penal.

Los ataques a mano armada i hasta los asesinatos no han sido raros; pero tambien han encontrado una valla enérgica i respetable en la autoridad local.

Lo peor con que cuenta Arica es su clima. Las disenterias i la terciana atacan sin que se les haya dado pretexto. Para los reumáticos, el clima es infernal. I no puede ser de otro modo, con un suelo constantemente húmedo i un sol tropical. El Morro influye en el

mal clima, porque impide que la brisa del sur bañe la población i purifique el aire.

No hai en este pueblo sociedad de ningún jénero. Los jefes superiores del ejército se reúnen en las habitaciones de algunos de ellos para acortar la noche, i los empleados de la aduana charlan en el corredor del resguardo hasta las ocho o nueve, para en seguida dirijirse apresuradamente a sus habitaciones.

En Arica no hai mas que cornetas desde las 5 de la mañana hasta las 8 de la noche; estudios de las bandas de música i soldados por todas partes, ya francos o en pequeños grupos disciplinándose. Es un pueblo esencialmente militar.

En resúmen, la vida en Arica no presenta atractivo alguno.

Pero se dirá: ¿i para el Morro, para las fortalezas no hai un recuerdo?

Ah! todo cuanto se escriba, todo cuanto se diga sobre la toma a la bayoneta de las fortalezas i del Morro, será incompleto. Es necesario visitarlas, ver las dificultades naturales para llegar a ellas, i en seguida considerar cuánto arrojo i cuánto heroísmo se necesitó para vencerlas. Este es uno de los hechos de armas que para narrarlo se escapa a la mejor pluma i para admirarlo al mejor pincel: solo puede concebirlo la imaginación i dejar su descripción a la poesía.

En Santiago se recibió con buena aceptación el proyecto de elevar un monumento al roto, al *Jeneral Piloto*.

No hai necesidad.

Ese monumento se encargó la naturaleza misma de ofrecerlo, en el teatro mismo de su mayor arrojo, de su irresistible empuje, de su abnegación i de su sacrificio. Ese monumento es el MORRO DE ARICA. El viajero, al hacerle su visita, i el navegante al divisarlo, lo contemplarán con respeto i admiración, i será eterno como son eternas las obras de la naturaleza.

Actualmente se encuentran sus fortalezas perfectamente espeditas i servidas por fuerzas de artillería.

De los fuertes del norte, o sea de la parte baja, i que se llamaron San José, San Antonio i Santa Rosa, solo quedan los escombros que los recuerdan.

TACNA.

A 83 kilómetros al este de Arica, que se salvan en dos horas por ferrocarril, se encuentra Tacna. Pero a 30 kilómetros ántes de llegar se divisa ya la esquiva ciudad peruana, muellemente recostada en el fértil valle de su nombre.

El aspecto de esta ciudad, despues que se ha visto a Arica, es naturalmente agradable.

Su planta es llana, pero el corte de sus calles carece de simetría. Puede contener una poblacion de 15,000 habitantes. Su caserío no llama la atencion. Sus techos *lisos* algunos, con mojinetes sin gracia, i sus calles irregulares i desaseadas, indisponen al viajero. Sin embargo, su comercio que no carece de actividad; dos o tres calles anchas i bien pobladas, i principalmente su alameda con hileras de sauces (no llorones); recorrida con acequias de agua corriente i adornada con pequeñas estátuas, dan a la ciudad algun atractivo.

El ferrocarril que une a Arica con Tacna es propiedad de una compañía inglesa. La tarifa es algo subida:

Carros de 1. ^a clase.....	\$ 2.80 plata.
— de 2. ^a —	1.60 —

No hai carros de 3.^a

Peró pagando en billetes chilenos, que es la moneda circulante o en plata nuestra de la última emision, la tarifa es la siguiente:

1. ^a clase.....	\$ 4
2. ^a —	2.40

Como se nota, la depreciación con que esta compañía recibe el billete chileno, es considerable.

Los carros de 1.^a se asemejan a los de 2.^a del ferrocarril del sur i los de 2.^a un tanto mas cómodos aunque tambien semejantes a los de 3.^a de esa línea.

El tren sale de Tacna diariamente a las 10 A. M. i llega a Arica a las 12 M. El mismo tren sale de Arica a las 3 P. M. i llega a Tacna a las 5 P. M.

Las dos horas que emplea el ferrocarril en este trayecto equivalen a cuatro, porque no se divisa mas que aridéz. No hai paisaje alguno en que recrear la vista.

El comercio de Tacna es bien surtido, aunque no tan numerosos sus establecimientos como puede creerse. Está circunscrito principalmente a un corto espacio de una bien poblada calle. Pero si en el comercio de Tacna se encuentra casi todo lo que se desea comprar, el precio de los artículos es como en Arica, el doble de lo que importan en Valparaiso o Santiago.

A esto hai que agregar la depreciacion del billete chileno, que es de un 30 por ciento. Esto subleva en el comprador chileno el áni-

mo mas tranquilo; da lugar a acaloradas discusiones e hirientes disputas, sobre todo cuando el comprador es un soldado que ve en el billete la enseña de su patria i que en un pueblo, en que flaquea su pabellon, no se aceptá por el valor que representa.

La mantención en Tacna no es cara. Se vive como pensionista con 25 o 30 pesos mensuales i regularmente servido. Hai tres buenos hoteles: el de Paris, el de San Carlos i el de la Bola de Oro. Por dia se paga 3 pesos, o 2 pesos 50 centavos. El segundo es preferible: importa al dia 2 pesos 50 centavos.

Tacna es un pueblo esencialmente tranquilo. Parece que siempre hubiera estado bajo un dominio extranjero. El santiaguino cree hallarse en su ciudad cuando encuentra a nuestros *pacos* cubriendo el servicio de policia.

En Arica parece que los peruanos no estuvieran en mayoria; pero en Tacna abundan en sus calles; i las peruanas pertenecientes a familias acomodadas, al principio tan esquivas, salen alegremente al comercio o se solazan en las tardes en las puertas o ventanas de sus casas, mirando con un si es no es desdeñoso a los chilenos, paisanos o militares, que se fijan con alguna detencion en ellas.

Se observa en Tacna que el luto es el traje comun, tanto en señoras como en hombres.

El Campo de la Alianza es el punto obligado que debe visitarse. Dista como legua i media de Tacna, i donde tuvo lugar el combate abarca una estension como de dos leguas. Todavía se encuentran fornituras i trajes destrozados, caramañolas inutilizadas i hasta fragmentos de cadáveres.

Para visitar con provecho el campo de batalla se necesita disponer de cuatro o seis horas i hacerse acompañar de un oficial que haya tomado parte en el combate. De otra manera el viaje es inútil.

La salud del ejército, acampado en los pequeños pueblos de los alrededores de Tacna, es inmejorable. Solo deliran por salir a campaña i combatir.

APÉNDICE.

Hai una propension natural en todo viajero que visita para él pueblos desconocidos, en fijarse en los tipos de sus pobladores. El visitante no se contenta con mirar i pasar. Admirador de todo lo que es bello, busca siempre algo que lo impresione agradablemente, ya sea en las obras del arte o en los paisajes que presenta la naturaleza. ¿Con cuánta mayor avidéz no se fija en las fisonomías? ¿A qué viajero no le llama involuntariamente la atención encontrarse en un pais en

que los varones posean un continente resuelto, una fisonomía que revele inteligencia i una musculatura apta para el trabajo? I tratándose del bello sexo ¿quién será capaz de arrojar la primera piedra en que no haya escudriñado con impaciente curiosidad i deseado ver la mujer que el poeta describe como de flexible talle, de formas incitantes, de mirada de fuego, de labios que del mas rápido roce lancen chispas?

El que esto escribe, pagando su humilde tributo a esa propension natural, se ha fijado detenidamente en los tipos de las tres ciudades de oríjen peruano que ha visitado.

En cuanto a los varones, las continuas i numerosas remesas de prisioneros que en cada combate nos ha enviado nuestro ejército, ahorra describirlos.

Respecto al bello sexo, nuestros soldados, con sus lacónicas frases i con sus certeras comparaciones, casi lo define.

—*En Chile no hai desecho*, dicen, mirando en estas ciudades a la mujer del pueblo.

I es la verdad. En Chile no hai tantas mujeres feas; i por aquí hai algunas repelentes por su fealdad.

Este juicio es respecto a la mujer del pueblo, a las indijenas, a las de oríjen chino o africano, que forman la gran masa.

Por este juicio, que es el de un humilde i tranquilo viajero, ¿se creará herido el amor nacional de nuestros contendores? No hai razon absolutamente para ello.

Cada pueblo tiene su tipo. Si éste es agradable o antipático, ¿es culpa del pueblo?

¿Será culpable el chino por llevar el tipo de su raza?

¿Lo será el africano por su cabello crespo i por sus labios gruesos?

¿Qué culpa, en fin, tiene el buen mozo, con ser buen mozo, i la mujer bella, con poseer ese don?

La culpable sería la naturaleza que, aunque sábia en todo, todo lo creó relativo.

I lo que sucede en el órden físico, sucede también en el moral.

¿Es culpable el aleman por su carácter tranquilo, casi melancólico? ¿El inglés por ser tan reconcentrado en sí mismo, casi terco? ¿El frances con ser hablador i espiritual?

Aquí podria agregar: ¿qué culpa tiene el chileno de ser tan esforzado e impetuoso? Pero no lo haré por modestia.

También podria decir: ¿qué culpa tienen los peruanos de haber sido vencidos en todas las batallas i ser tan aptos para armar celadas? Pero tampoco lo haré por no herir susceptibilidades.

Vamos! Procuraré indemnizar en algo la mala impresion que haya causado mi juicio sobre la fisonomía de la mujer del pueblo en estas ciudades.

Hai una porcion, pequeña por desgracia, casi un 5 por ciento del total del bello sexo peruano, que alivia la vista al observador, aunque en muchas la graciosa espresion de su rostro reemplaza a la belleza de sus facciones.

La mujer que es simpática, lo es en todo. En su conversacion, amena, correcta, fluida; en su cuerpo, por lo regular esbelto i siempre con un no sé qué que cuando anda invita a seguirla; en la pequenez de sus piés; en sus bellos i candentes ojos, jeneralmente negros, que no mira sino que lanzan rayos por entre las blondas con que los vela el manto.

El manto! Hé aquí la pieza de su traje, que parece ha sido inventado solo para la mujer peruana: Con solo un lijero acomodo espresa todas las emociones de su alma: la alegría, la ira, la indiferencia, etc. Es, en fin, en ella un talisman.

Pasando ahora al acento de la voz, en jeneral, alguien ha dicho: cada pueblo habla cantando.

Nosotros talvez hablamos tambien cantando; pero solo lo notamos en nuestros compatriotas del sur de Chile.

El acento de la conversacion en los peruanos no agrada porque, aunque natural, parece afectado; mientras que en las peruanas no cansa. Se conversa con ellas, las mas veces, por solo el gusto de oirlas hablar.

Aun entre los indios que hablan quichúa o aimará, es agradable. En Tacna seguí una cuadra a dos indias que llevaban una conversacion mui animada, solo por oír su acento, que si no se enojaran los italianos, diria que es tan dulce i melodioso como su bello idioma.

Por acá, por lo regular, se habla correctamente. Aun entre la jente del pueblo se notan pocos barbarismos. Pero en los hombres hai cierto amaneramiento que fastidia.

Como una muestra, de muchas que se presentan a cada paso, recuerdo que comiendo una vez en el Hotel Colon de Arica con varios compañeros, tomó asiento con su familia en una de las mesas un caballero peruano, al parecer de alguna comodidad, que iba de viaje de Tacna al Callao. Despues de servidos los primeros guisos, llama al mozo i le dice:

—Oiga Ud. mozo: me agradan los frejoles. Los tomaría con gusto si me sirviera.

Un paisano nuestro, en igualdad de circunstancias, habria dicho sencillamente:

—Mozo, sirva frejoles.

Ademas, el acento peruano; por falta de imponencia, no se presta para el mando militar:

A este propósito, referiré que una vez acompañado de un caballero extranjero, muy conocedor del Perú, veia hacer ejercicio a una compañía de uno de los regimientos acantonados en Arica, i al notar él la apostura marcial de nuestros soldados i la voz sonora i arrogante del oficial que mandaba el ejercicio, me dijo con mucha sorna:

—La voz de mando de los jefes peruanos se parece al estadillo de un cohete cuando se *chinga*; pero la voz de mando de un jefe chileno se asemeja al estampido de un Krupp.

Con pena se ve, a la llegada de cada transporte o vapor de la carrera, el gran número de jente llena de ilusiones que viene a establecerse a estos pueblos:

Hace recordar la época de California, en que tantos se arruinaron i tantos brazos se perdieron.

Pero no hai remedio que ponga atajo al espíritu emprendedor i aventurero de nuestros compatriotas. Si bien es cierto que a eso deben muchos su bienestar, tambien es verdad que en lo mismo otros han arruinado a su familia.

No es lluvia de oro la que cae por acá; es sólo camanchaca.

En esta prevención no hai el propósito de causar desaliento, sino solo el de que, ántes de realizar el viaje, se tomen en cuenta todas las eventualidades.

Ya se ha visto a algunos que han llegado con su pequeño capital, i fuertes sumas en proyectos e ilusiones, que han tomado el camino del sur como árbol en otoño, despues de haber perdido todas sus hojas.....

MAESTROS.—De cómo se les trataba en el siglo XIV, según se vé por la siguiente lei de Enrique II, espédida en la ciudad del Toro.

«Por cuanto en los nuestros Reinos i Señoríos no se puede pasar sin Maestros que enseñan las primeras letras, por ende Ordenamos i mandamos que la casa que el Maestro ingrése para su menester i enseñanza non se la quiteis ni hagais quitar; ántes habeis de dar i gastar para él, dando i pagando lo que vale la renta de ella; i que sea en parte pública.